



Ganador
PREMIO PLUS
Médicos Jóvenes

La residencia y la calle

Por Roberto Sánchez

Médico de Familia.

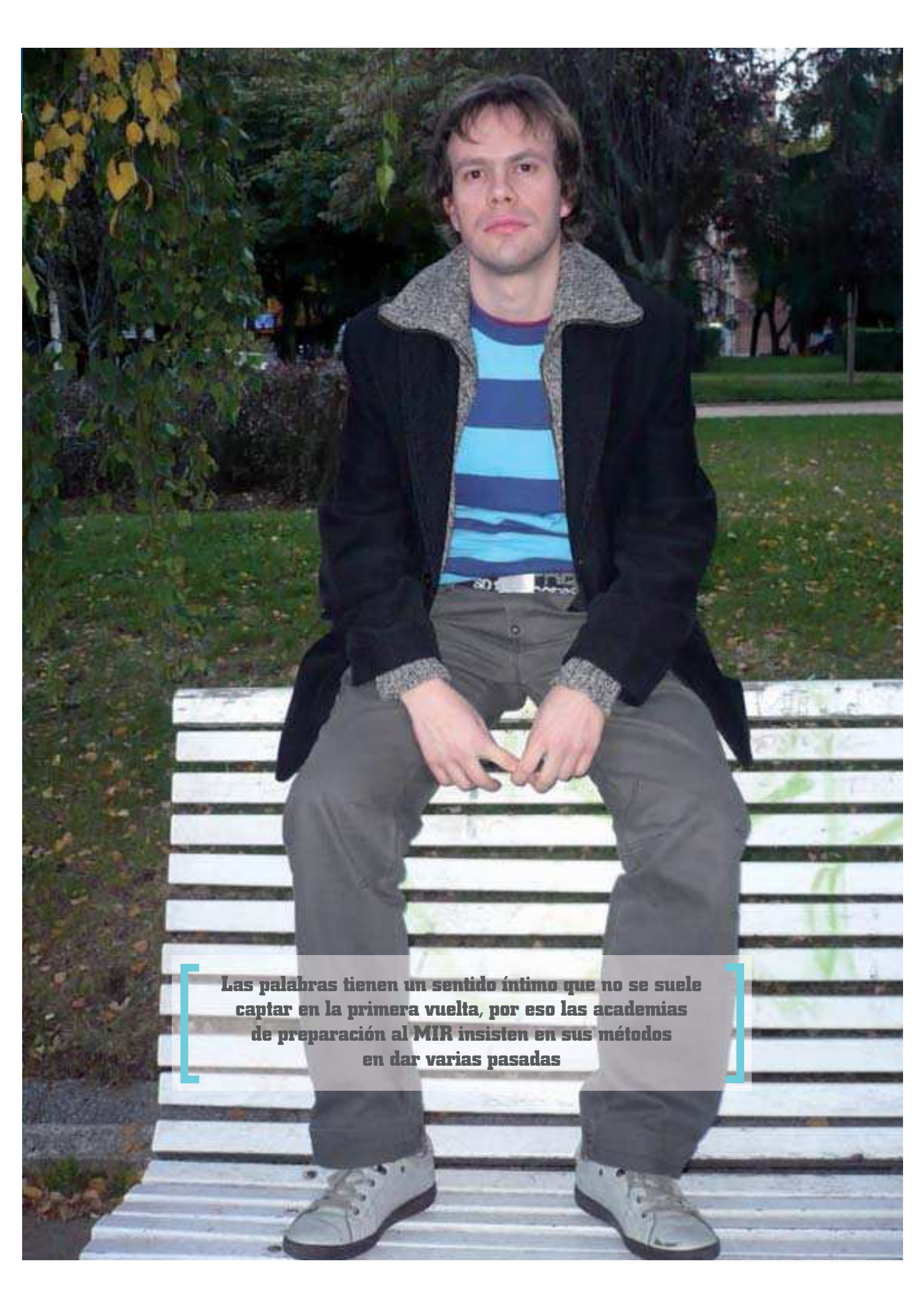
Centro de Salud Prosperidad (Madrid).

Los amigos se fueron a vivir con las novias al inicio del curso escolar, como propósito (de enmienda) del año nuevo. Uno sigue siendo joven si formula los años como cursos escolares y no de enero a diciembre, a la manera empresarial. No me importó mucho quedarme sin amigos, la verdad, sino quedarme sin casa. Habíamos compartido piso desde que terminamos el instituto. Primero en provincias durante la carrera y luego en Madrid. Muchos eligieron tal o cual carrera dependiendo de si la había en el sitio al que queríamos irnos a vivir todos juntos. En el fondo, una profesión no es otra cosa que una excusa vital más. Yo, por ejemplo, elegí Medicina, porque me gustaba entrar en la casa de la gente y porque se podía ordenar a alguien que se desnudara y te hacía caso.

Me vi de repente solo, en esta gran ciudad, en la que no me esperaba nadie. Me quedé como alelado y comprendí que la masa crítica había absorbido, durante aquellos años, mis competencias autonómicas y municipales. Después de la caída del muro, pasé unos días como bloqueado. Justamente uno de esos días tuve una guardia agotadora, y desperté en las camas del hospital a las dos de la tarde. Como

no tenía dónde ir, bajé a comer, después subí a la habitación y me duché. En un descuido, apoyé la cabeza aún mojada sobre la almohada y me quedé frito, lo cual era peligroso. En el piso con mis amigos había aprendido que uno no debe echar agua al aceite caliente porque se prepara la de San Quintín. Me desperté a las 18 horas y bajé a cambiarme a mi taquilla. Por el camino me encontré a unos compañeros que iban a la biblioteca a hacer un trabajo y me uní a ellos. Creo que se trataba de la suficiencia investigadora, porque se expresaban con aires de suficiencia. Pasé el resto de la tarde en Internet con la excusa ante ellos de hacer un trabajo también. Por lo que había hecho aquella tarde no me iban a poner ni un insuficiente, sino un MD, un muy deficiente. Debido al complejo de inferioridad que me recorre, cuando veía esas siglas al lado de mi nombre en los currículos, no pensaba nunca que significaran *Medical Doctor*, si no Muy Deficiente.

Eran las 21 horas y decidí empalmar con la cena. Comprendí que el hospital era una reproducción a escala de la ciudad, porque te podías sentar a comer un menú del día o de la noche en la cafetería y nadie te conocía. En



Las palabras tienen un sentido íntimo que no se suele captar en la primera vuelta, por eso las academias de preparación al MIR insisten en sus métodos en dar varias pasadas

el hospital, como en la ciudad, no me esperaba nadie. Me subí a ver la tele al cuartito para pacientes y familiares de la planta de hematología, donde esperaba, nadie me conociera, ya que soy residente de Medicina Familiar y no rotamos por ahí. Se ve que la gente de a pie no tiene sangre en las venas. Me encontré con un paciente que me recordaba a una novia que tuve, que antes de irse a la cama, se aplicaba una mascarilla.

Subí a la zona de las camas supletorias y consulté la lista de la guardia para comprobar los especialistas que estaban de localizada ese día y así ocupar su sitio. Antes de dormir pensé en todos esos niños que sueñan con quedarse encerrados en un centro comercial por la noche.

iba a rezar un rato a la capilla donde pronto entablé relación con el párroco, hasta que conseguí su bendición, con lo que me paseaba mucho más tranquilo por el hospital. Iba con la bata y si alguien me miraba, disimulaba que hacía algo muy importante. Esto muchas veces, también lo hacía por la mañana en mi horario laboral.

Un día le puse un busca a la peluquera, porque uno de mis sueños de siempre era echarme una novia peluquera para esperarla a la salida del trabajo, mientras la espía a través de los cristales de la peluquería. Cuando visité el Barrio Rojo de Amsterdam no hice si no reafirmarme en esa idea. Curiosamente, en las peluquerías siempre se ve desde fuera lo que pasa dentro, justo al revés que en los restau-



“Si no tenía nada que hacer me iba a mirar escaparates, como los del Barrio Rojo o las peluquerías. Entraba en los quirófanos y miraba desde fuera sin ser visto como si aquello fuera una rueda de reconocimiento”

Las palabras tienen un sentido íntimo que no se suele captar en la primera vuelta, por eso las academias de preparación al MIR insisten en sus métodos en dar varias pasadas. Creo que a ese sentido íntimo es a lo que se llama madurez. Igual que los cuerpos humanos esconden un carcinoma *in situ* o un descenso del ST bajo una apariencia de normalidad, me estaba dando cuenta lo que de verdad significaba hacer la “residencia”.

Por la mañana me levanté temprano, me duché y me fui a la cafetería a desayunar, esta vez del público, para no llamar la atención. Me gustaba infiltrarme entre la gente para ver qué decían de los médicos. A los cirujanos les solían poner verdes mientras que a los médicos clínicos blancos. Me dí cuenta de que igual que estaba disimulando en el hospital para no llamar la atención en aquellos días, en mi vida había hecho lo mismo para llegar hasta ese punto. Por las mañanas, realizaba mi jornada en la rotación de planta de Medicina Interna, como me correspondía, y me hacía el interesado para pasar a ver de nuevo a los pacientes por la tarde para hacer tiempo. Hacía pasar por anamnesis lo que era pura charla. Es lo que tiene llevar hasta los límites el modelo biosicosocial. Otras veces me hacía el cristiano e

rantes chinos. Reconozco que cuando llamé a Conchi, buscaba mi rollito de primavera. Le dije que, desde hacía tiempo, llevaba viendo su catálogo y su cartera de servicios en el cuero cabelludo de mis sucesivos pacientes y que le estaría muy agradecido si pudiera hacerme un servicio. En ese momento fui consciente de la plenitud de los paralelismos entre el Barrio Rojo y las peluquerías.

Trabajaba duro también. Preparé un estudio en el cual pasaba un mes comiendo en la cafetería de personal y el siguiente en la del público y me sacaba niveles de LDL. Al poco tiempo, al que tuve que poner un busca fue al fontanero para que me desatascara la tubería.

Rebuscaba en el archivo, con la excusa de preparar la tesis doctoral y leía las historias de pacientes psiquiátricos, como quien lee una novela. La especialidad que más se parece a la literatura, a parte de la de familia (que es claramente una especialidad de letras), es la de psiquiatría. No existe un escritor que sea capaz de imaginar las historias que escribe la realidad. Las biografías son a las historias clínicas lo que las asalariadas del Barrio Rojo son a los escaparates de maniqués. Lo que un viaje por tu cuenta es a un viaje organizado. Lo

que el contenido es al continente. Pero a veces, un contenido no cabe en un continente. Es lo que le pasa, por ejemplo, a Asia.

Me dejaba caer por la base del SUMMA a revolver en su escaparate de maniqués, sobre los que se hacían cursos de RCP, y tomaba prestada a Anne. Todos los maniqués de RCP llevan el nombre y la cara de esta chica que murió ahogada en el Sena, después de lo cual su padre se empeñó en dar docencia sobre reanimación cardiopulmonar, para que nunca más sucediera una muerte evitable en este sentido. Así, esa chica que todo el mundo besa, ha logrado convertirse en una novia de dimensiones universales. Al igual que hay vaginas sintéticas también hay bocas de síntesis, para cuando quieres ir resumiendo y entrar a besar. También existen las vaginas sintácticas. Cuando yo escribo algo, no estoy haciendo sino un intento de penetración en el que lo lee. Cada vez que beso a Anne pienso que soy Roberto Doisneau y que la beso enfrente del ayuntamiento de París. Creo que así logró su famosa instantánea, mediante el fenómeno de la fotosíntesis. Tanto en este proceso como en el de los besos interviene la clorofila.

Si no tenía nada que hacer me iba a mirar escaparates, como los del Barrio Rojo o las peluquerías. Entraba en los quirófanos y miraba desde fuera sin ser visto como si aquello fuera una rueda de reconocimiento. Una vez vi a una enfermera y me invadió una rigidez en rueda dentada. Aquello había sido la rueda de la fortuna. Tenía cara de llamarse Yolanda. Lo que más me gustó de ella es que, como a mi antigua novia, también le gustaba ponerse una mascarilla. Antes de quedarme dormido reconstruía imaginariamente sus labios, como el padre de Anne reconstruyó los labios de su hija sin saber la cantidad de gente que los besaría. Lo que no previó es que nadie la besaría con lengua nunca. Yo, desde que conocí a Anne, acostumbro a besar en tandas de 30:2. Y sobre todo, me gusta besar los bustos.

Averigüé qué es lo que operaba detrás de esas cristalerías y cotillé las partes de quirófano de los próximos días. Estos partes son parecidos a los papeles que hay en los servicios públicos en los que pone quién hace la limpieza y a qué hora.

Aquella noche no pude dormir de la impaciencia. Al día siguiente me presenté en la urgencia con unos calzoncillos limpios y les comenté a mis compañeros que me había entrado un dolor muy intenso en la fosa ilíaca derecha, y que pensaba que aquello se había con-

vertido en una fosa séptica. Que me ponía la mano ahí para no dejar ningún flanco sin cubrir. Disimular un Blumberg es más fácil de lo que pensaba. Lo único es estar atento cuando el galgo del cirujano te pregunta cualquier chorrada para distraerte, ya que debes saltar de dolor con la misma intensidad que anteriormente. Como era de la casa, me querían meter en quirófano en el turno de la mañana, así que tuve que hacerme el orejas y beberme un trago de agua para retrasar ocho horas más la cirugía hasta el turno de la noche, y coincidir así con Yolanda. Tenía pensado decirle que me había entrado por los ojos. Pero nada más pasar y sin mediar palabra, la auxiliar me puso una mascarilla gaseante y mi último pensamiento fue para la cara de mi ex con una mascarilla de pepino en el rostro. Después tuve unos sueños muy vívidos y agradables y descubrí leyendo el informe que había sido por el Propofol. Siempre quise probar esta sustancia, al igual que la Paroxetina. Una vez una paciente me habló de la felicidad de plástico del compuesto: "se me murió el perro y me importó un bledo", me dijo.

El cirujano me comentó que había sido una apendicitis blanca, lo cual explica en parte que yo me hubiera quedado en blanco delante de Yolanda.

Comencé a hacer guardias de acompañante de cirugía voluntarias. Un día subí al quirófano, y le dije a Yolanda que apuntara mi móvil, por si tenía que hacer de ayudante para el adjunto, si se diera la circunstancia de que el residente se tuviera que meter a otra cirugía. De paso, birlé un par de ampollas de Propofol. Durante la cena, en un descuido, le eché medio bote de Rapilax (unas gotas laxantes argentinas muy efectivas) en el vaso de agua a mi compañero. A las 2:00 me llamó la enfermera para hacerme tirar de valva (hasta ahora, lo más que había hecho como residente de familia había sido tirar de nalga, para intervenir algunas hemorroides trombosadas). Ya tenía su móvil.

La llamé y de hecho logré que saliéramos juntos algunos meses, pero llegó un momento en el que me dijo de irnos a vivir juntos. Me dijo que si quería, algún día me cogía una vía para que estuviese como en casa. Le dije que la única vía que aceptaba yo era la vía láctea, que me llevaba a mangarles la leche de los carros de las meriendas a los abuelos. Le propuse vivir a hurtadillas los dos en el hospital pero no quiso. Por ahora, sigo haciendo la "residencia" y la calle. ■